

Los tesoros infinitesimales de Mompox

[Paul Brito]

Como no se puede entrar dos veces al mismo río, Mompox decidió quedarse en él. Así fue como se hizo inmune al tiempo. Esa puede ser una hipótesis. La otra puede ser que los momposinos se volvieron tan pacientes a través del oficio que más conocen, la orfebrería, que terminaron congelando el tiempo.

Hasta para llegar a esta isla fluvial se necesita una buena dosis de paciencia. Desde Cartagena o Barranquilla se deben recorrer cuatro o cinco horas de carretera, luego media hora en chalupa por un brazo del río Magdalena, y finalmente cuarenta y cinco minutos sobre una carretera destapada. El premio es una pequeña ciudad enclavada en una época remota, con casas coloniales de amplias puertas de madera y jardines interiores. A través de las enormes ventanas se distinguen pianos lánguidos y relojes de otros siglos. Uno se puede imaginar enseguida a una mujer con jubón y miriñaque echándose fresco con un abanico andaluz y a un hombre con mostacho de mosquetero, saco de levita y polainas haciéndole reverencia con su sombrero.

Heráclito, el filósofo griego, decía que la otra cara del agua es el fuego. Mompox está rodeada de agua, pero parece envuelta en llamas. Tal vez para compensar esa sensación infernal tiene siete iglesias y una de las celebraciones de Semana Santa más excelsas de Colombia. Los orfebres momposinos tienen siempre a la mano el fuego para moldear la plata y el oro. Y en la otra un crucifijo; casi to-



dos los hombres del pueblo son o han sido nazarenos: cada Semana Santa se ponen su túnica y su capirote, y salen a cargar imágenes sagradas, aun los que no están de acuerdo con las ideas de la Iglesia.

Mientras para algunos visitantes la X de Mompox sigue siendo una marca en el mapa para buscar tesoros en oro o plata, para otros la X es una señal para rastrear los misterios de la cruz. Santa Cruz de Mompox todavía sigue inspirando la fiebre del oro, tanto si se trata de un reluciente metal como si se habla del oro simbólico de la riqueza espiritual. Pero el oro es un decir si nos referimos también a lo material, pues hace quince años la

orfebrería de Mompox está dedicada casi exclusivamente a la plata. El oro se sigue trabajando en mucha menos cantidad y especialmente por encargo.

Las personas que más contacto tienen con los metales preciosos son paradójicamente las que menos sufren de la fiebre del oro, pues los orfebres no trabajan por el oro y la plata sino sobre ellos. Están más concentrados en extraer el valor estético de la pieza que su valor monetario. Incluso se puede decir que están en un nivel más alto de idealismo artístico que los mismos artistas. A diferencia de quienes cultivan las bellas artes, el orfebre y todo artesano en general vive desapegado hasta del ego de sus creaciones. Mientras la obra de un escritor nunca deja de pertenecerle y la de un pintor pasa a otras manos pero con su firma en la tela, los orfebres renuncian a sus creaciones

anónimas cada vez que las venden. Eso es casi lo mismo que fundirlas para crear otras nuevas, como hacía el coronel Aureliano Buendía cuando completaba veinticinco pescaditos de oro. Que los orfebres momposinos vendan sus joyas no por diseño o grado de elaboración sino simplemente por peso, refuerza esa impresión de arte puro y desinteresado.

UN SEÑOR MUY VIEJO CON UNAS MANOS ENORMES

Simón Villanueva es el orfebre activo más viejo de Mompox. Vive a unas cuadras del casco antiguo, en una casa sencilla de una planta. Con ochenta y cuatro años de edad, sigue trabajando desde las cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde en un cuarto que le sirve de dormitorio y taller. La ventana de la habitación está abierta de par en par para aprovechar la luz del sol. Su esposa Ángela Campo le lleva el almuerzo a la misma mesita rústica donde trabaja, al lado de la cama.

Su matrimonio es otra muestra de persistencia. Se enovió con Ángela desde que ella tenía catorce años y él dieciocho. Que se haya mantenido tanto tiempo al lado de una mujer con ese nombre, debe de estar relacionado con un oficio que antes producía las ofrendas para los dioses. Al preguntarle si enamoró a Ángela regalándole las joyas que hacía, responde con sorna: «No, ella se congratia con verme». Como insisto en saber si le ha regalado muchas prendas, levanta sus ojos del arete que está tallando y me recita el viejo refrán del herrero y la cuchara de palo; un refrán que se cumple al dedillo en su casa, donde no brillan el oro ni el lujo por ningún lado.

Adivinando lo que pienso, Simón me explica que el tiempo y el esfuerzo que los orfebres dedican a la elaboración de las joyas no se corresponden en nada con la ganancia que extraen de cada una. La humildad en la que vive luego de setenta años de trabajo (lo suficiente para haberse jubilado dos veces) es prueba de ello. También es prueba de que no siempre uno termina untado de lo que toca. «Al menos compré esta casa —se consuela—. No es riqueza tener una casa, pero es pobreza no tenerla».

Su oficio, sin embargo, le permitió sacar adelante nueve hijos. Todavía parte de su familia depende de su trabajo, incluyendo una nieta que vive con él y que lo llama papá. A la pregunta de cómo resuelve el día cuando no aparece ningún cliente, responde con tranquilidad: «Siempre aparecen ángeles». Y me señala con la boca para demostrarlo, pues acabo de comprarle una prenda.

Alguna vez Simón llegó a tener quince personas trabajando con él y una producción rentable. «Pero el dinero cambia de mano», explica con sencillez. El auge de



aquellos años vino como consecuencia de la bonanza de la marimba y más adelante del apogeo del narcotráfico. Llegaban clientes extravagantes a hacer compras generosas o a encargar prendas de gran tamaño y peso. Una vez un narcotraficante de la región le pidió a un orfebre momposino que le hiciera un bikini en filigrana de oro para su novia. Otro día se presentó un cliente con un pedido de doce corazones enormes para cada una de sus amantes. Antes hubo otros auges más legales que contribuyeron al florecimiento de la orfebrería: la construcción del Canal de Panamá, el esplendor de la explotación de banano y la Segunda Guerra Mundial, durante la cual los judíos mandaban sus capitales en oro bruto para que los orfebres momposinos les entregaran a cambio las joyas.

Hoy, además del alza en el precio interno del oro y la inseguridad rampante, otros factores han venido asfixiando la orfebrería artesanal. La joyería italiana con su invasión de productos en serie no ha sido controlada por una política de Estado que proteja esa tradición cultural, como sí lo hizo recientemente con los sombreros vueltiaos chinos. Los adelantos tecnológicos han industrializado muchos procesos y técnicas, de manera que ha disminuido la rentabilidad de los procedimientos tradicionales, que los



orfebres momposinos insisten en mantener por la convicción artesanal de que cada etapa influye en la perfección y la belleza final de la joya.

LA PERSISTENTE MEMORIA DEL OFICIO

La pericia de los orfebres momposinos proviene de los indígenas zenúes, que habitaban antes esta zona y eran expertos en técnicas avanzadas como la cera perdida. Pero la mayoría de los conocimientos que poseen procede de los españoles que llegaron con sus técnicas milenarias, asimiladas a su vez de los árabes, a trabajar el oro que llegaba y salía a montones de Mompo cuando era el puerto más activo y la ciudad más próspera del Reino de la Nueva Granada. Lo que pasó después es historia: fenómenos de erosión y sedimentación estancaron el Brazo de Mompo y aislaron la ciudad. Las embarcaciones comenzaron a surcar el Brazo de la Loba y el auge pasó a Magangué, que vino a tomar el lugar de Mompo como centro de tráfico y distribución.

A pesar del panorama actual de desmedro y decadencia, la tradición sigue extendiendo sus ramas. Existen todavía unos sesenta talleres en Mompo que funcionan en la misma casa del maestro o propietario. De ellos apenas

unos diez están bien constituidos y agrupan de cuatro a doce trabajadores. Los demás talleres son independientes y se reducen a un artesano rodeado de algunos familiares que le ayudan.

Dos de los nueve hijos de Simón trabajan en orfebrería y uno de sus 28 nietos también heredó su pasión. Como hoy es difícil encontrar a personas que quieran dedicarse al oficio, los maestros ya no pueden darse el lujo de escoger a sus discípulos como lo hacían antes: por medio de una especie de bautizo o rito de iniciación que consistía en asignarle al aprendiz una misión imposible para poner a prueba su paciencia.

Tomaban un recipiente con agua y le rociaban unas gotas de cierta sustancia, le entregaban el recipiente al aprendiz y le pedían que lo batiera hasta que el agua cuajara. El muchacho debía realizar este procedimiento bajo el sol para que el líquido fuera espesando. Si al cabo de varias horas renegaba de la esterilidad de su trabajo, le decían que no servía para el oficio y lo devolvían para su casa. Si pasaban las horas y el muchacho seguía entusiasmado, lo regañaban amistosamente: «Pendejo, ¿cuándo has visto que el agua cuaje?». Y le daban la bienvenida para siempre, pues decían que el gusto por el oficio no se quita nunca y se queda adherido a la sangre de los descendientes.

Simón Villanueva tuvo dos maestros. El primero fue un amigo de su padre, Magdaleno Ospino, que era muy celoso de sus conocimientos; alguna vez rechazó un encargo porque el cliente quería mirar cómo hacía su trabajo. El segundo maestro, Luis Guillermo Trespalacios, fue quien verdaderamente lo adentró en el oficio, pues le gustaba conversar bastante y compartir su experiencia con sus aprendices y oficiales. Con solo escuchar el sonido del martillo sabía cuándo alguien estaba haciendo un mal estampado o moldeando mal el metal. Cuando no le gustaba una pieza realizada por sus aprendices u oficiales, les señalaba errores y aciertos, y les pedía que la fundieran y la volvieran a hacer. Las joyas debían ser simétricas, con el haz idéntico al revés, los puntos de soldadura invisibles, los baños de oro homogéneos y la pureza de la pieza en equivalencia exacta al quilataje.

En una ocasión Simón Villanueva le preguntó a su maestro qué figura podía hacer en un óvalo pequeño, y justo en ese momento se posó una mosca en el marco de la pieza. Trespalacios se la señaló. «Haz la mosca», le pidió con naturalidad. Villanueva sonrió incrédulo. Al rato el mismo Trespalacios le enseñó una pieza diminuta donde reposaba una minuciosa e impresionante mosca en filigrana que parecía la misma mosca de antes tocada por el dedo del Rey Midas.

Luis Guillermo Trespalacios murió hace quince años, a una edad avanzada como la de Villanueva, con la mente aferrada a su oficio. Los orfebres de Mompo reconocen que fue el maestro más avezado y generoso de todos. Su hija Flor María me cuenta que durante sus últimos seis meses de vida quedó reducido a la cama, víctima del mal de Alzheimer. Sus manos seguían moviéndose en el aire como tejiendo una filigrana invisible.

HÉROES DE LO MÍNIMO

La filigrana es prácticamente el único nicho de mercado que les ha quedado a los orfebres momposinos, pues es la técnica más difícil de industrializar. Después del proceso de trefilado, donde se adelgaza una barra de metal fundido hasta el grosor de un cabello, los orfebres comienzan a tejer el mundo. Con entorchados, dobleces, círculos, espirales y elipses tejen gargantillas de rosas, collares de hojas, aretes de flores, anillos cósmicos, pulseras siderales y los famosos amuletos: canoas para favorecer la pesca, niños para invocar partos, soldados para el amparo, campesinos para la cosecha, peces para la abundancia, mariposas para ser libres.

Al reducir el metal al espesor de un cabello, logran engarzarlo a las líneas de su imaginación. Viéndolos trabajar, uno tiene la impresión de que los orfebres buscan el infinito por el lado de lo mínimo. Para recorrer ese sendero, cada vez más intrincado e invisible, necesitan mucha paciencia, pero también la humildad de crear un tesoro con la forma de la pieza más que con el peso. Para eso necesitan canjear la materia por el espíritu, la extensión por la intensidad, la opulencia por la sobriedad. Si lo líquido se acerca más a la sustancia de las ideas y lo sólido al material de la realidad, un hilo de oro o de plata viene siendo una afortunada intersección: la pista para bordar el tejido del alma.

Es extraño ver a un gigante entregado a ese mundo microscópico. Simón es desbordante: se ríe a carcajadas, tiene un apetito insaciable, un ánimo tremendo, y una alegría contagiosa que lo ha hecho acreedor al título de Rey Momo del carnaval local en nueve ocasiones. Le pregunto si unas manchas amarillas en sus brazos son producto de una enfermedad o un accidente laboral, y me responde que son restos de pintura que llevaba precisamente en su disfraz de carnaval.

Ver a este anciano exuberante de 84 años, 100 kilos, 185 centímetros, 28 nietos y 14 bisnietos volcado en un minúsculo pendiente que colgará del lóbulo de una oreja, es como mirar a Atlas ensartar la aguja de Penélope. Le pregunto si definitivamente el cliente que más compra es la mujer y me responde con una carcajada:



—Sí, pero el que más gasta es el hombre.

Esa concentración de lo grande en lo pequeño la tiene de forma natural el oro, uno de los elementos más pesados de la naturaleza. Su densidad corresponde con la intensidad del orfebre, que concentra su vida en el espesor de un metal. La palabra «filigrana» proviene de dos palabras griegas que significan hilo (fili) y grano (grana). Su etimología revela la clave del oficio: el hilo y el grano son los elementos físicos más cercanos a la línea y el punto. Un orfebre viene siendo un geómetra que desmenuza su tiempo en hilos y granos, un trapezista que avanza sobre un alambre sosteniendo una enorme barra de metal para poder llegar al otro extremo. Se me antoja que el trabajo de estos héroes de lo infinitesimal es el que mantiene unidos los dos mundos.

Quiero creer que este texto tiene la misma ambición de ellos. Cada palabra es un hilo y cada punto un grano para unir lo mínimo con lo máximo. Al final un solo hilo deberá unir mis palabras con el trabajo de Villanueva y de Trespalacios, pero también con la filigrana de la Creación: ese hilo de oro que une el pasado con el futuro, el agua con el fuego, las pinzas con la cruz, el lujo con la austeridad, el aire con el barro, el todo con la nada.

Antes de despedirme, me tomo una foto con Villanueva. Se la muestro y responde desconcertado:

—Parezco un anciano.

Es cierto, pero nadie lo cree, ni siquiera él mismo. Ha desarmado el tiempo, lo ha desmenuzado, lo ha minimizado, ha unido el cabo de un instante con el comienzo del siguiente por medio de un hilo infinito, y ahora es un joven que ha transformado en oro su vejez. ■ ■